

los relatos de calibre  38



¿POR QUÉ, MUÑECA?

© José Montero Muñoz

A Bill no le gustaba que le pusieran la camisa de fuerza, pero era imprescindible para las visitas a la doctora del psiquiátrico penitenciario. Necesitaban a tres celadores para colocársela, porque aunque Bill no parecía muy corpulento, su cuerpo engañaba; era fuerte como un demonio e igual de rápido. Antes de entrar en su celda, le avisaban: “¡Bill, vamos a entrar!”, y aunque al principio se resistía, al pensar en la doctora, algo en su interior cambiaba, como si un interruptor invisible se accionase, con lo que se volvía sumiso; lo más parecido a un niño consentido.

—Buenos días, Ismael. ¿Qué tal estás hoy?

—Doctora, ya sabe que no me gusta ese nombre, es más, quiero que entienda que lo odio. Me llamo Bill, por Billy “el Niño”, nada de Ismael. Si vuelve a pronunciar esa mierda de nombre, no me sacará ni una palabra más.

—Lo siento, Bill. No me acordaba, debes entender que tengo muchos pacientes y me resulta difícil acordarme de todos los nombres...

—Claro, doctora, sé que tiene muchos “pacientes”, como usted dice, pero seguro que ninguno como yo. Aunque no pasa nada. Hasta cierto punto es comprensible y para que vea que soy un buen chico y no le guardo rencor, le contaré algo más sobre mis muñecas... Ella nunca decía nada. Únicamente miraba con sus ojos vacíos lo que pasaba en mi cuarto. Observaba cómo Tom entraba en mi habitación y se desprendía de su segunda piel, aquella maldita toalla con la que se secaba una y otra vez ese sudor acre que olía a cerdo. Yo quería gritar, llamar a mi madre, hacerle frente, pero no podía, él era fuerte, yo débil, él grande, yo pequeño, el listo, yo tonto...; la desesperación se convertía en esos momentos en mi guía; el dolor, la humillación y el miedo, en mis amigos imaginarios. Tom se acercaba con fuego en los ojos, se sentaba en la cama como un coloso, y ésta se quejaba con satisfacción. “¡Ábrete para mí como una flor, muchacho!”, me susurraba conforme me iba tocando con su manaza hasta alcanzar lo que más deseaba. Odiaba a Tom. Me odiaba a mí también pero, sobre todo, la odiaba a ella, que miraba sin ver, que sonreía con su cara de niñita mona, de pija despreocupada. No la soportaba, cada vez que la veía ahí, sentada sin mover un músculo cuando yo pasaba por todo aquel calvario, me daban ganas de romperla, de

destrozarla sin contemplaciones, de hacerle sentir lo que yo sentía. Que apreciase ese dolor sordo al que Tom me sometía... y sin embargo, siempre que lo iba a hacer, algo en mi interior me lo impedía, incluso mi muñequita rubia, con sus labios pintados de ramera, era más fuerte que yo. Y eso no lo podía consentir, doctora.

—Bill, ¿por qué esa fijación por las Barbies?

—Ya se lo he dicho, ¿no cree? Por eso me obligan a venir cada semana, para que me “ayude” a superar esta fijación por las Barbies de tamaño natural y, sobre todo, por no poder ser un maldito Ken, como lo era Tom. Porque él, con su olor a cerdo, con sus músculos de acero, con su sonrisa amarilla por la nicotina, se había convertido en el Ken de mi madre. En su Apolo de carne trémula...

—La verdad, Bill. No te entiendo, ¿por qué querías ser como Ken?

—Por nada doctora, solo era un sueño, sólo eso. Aunque quisiera serlo no podría. ¿No lo ve? Mi prótesis me recuerda con cada paso que doy que nunca conseguiré ser un Ken. Es algo que Tom sabía; pero lo que él nunca pudo sospechar es que mi madre también conocía su secreto, su oculta adicción. Porque todos tenemos una obsesión, doctora, hasta usted y no me mire así, por favor. Aunque se las dé de mojigata, yo sé que usted también tiene

su secreto. Lo puedo oler desde aquí...

—¿Bill, crees que estoy enferma como tú?

—No tiene ni idea, porque todos ustedes ya están muertos y lo mejor es que no lo saben; pero su olor los delata. Mejor cambiemos de tema, ¿quiere que le cuente algo más? No sé si seguir contándole..., me parece que usted es demasiado morbosa. Debería sentir terror por mis actos, pero no, usted se regodea en su propio hedonismo. ¿Por qué será? ¿No cree que tal vez le apetezca imitarme? Quizá imaginación no le baste. Tal vez quiera ser como yo, pero es demasiado cobarde como para admitirlo... Doctora.

—¿Por qué dices eso, Bill? Yo sólo pretendo ayudarte.

—¿Ayudarme?! ¿No pretenderá ayudarse a sí misma? La verdad, tampoco me importa. Seguiré contándole, porque esta será nuestra última conversación. Ya no tengo ganas de hablar más con usted. Me aburre. ¿Supongo que le gustaría saber qué pasó con el cerdo de Tom? Entró en la habitación de mi madre, como solía hacer después de estar en la mía, pero aquella mañana algo en el aire era diferente y mi madre tuvo una certeza... Fue a la cocina, cogió su hacha, la misma que usaba para hacer sus conservas de cerdo y volvió a por él. Yo en mi habitación temblaba por la excitación. Sabía que algo iba a ocurrir. Miré a mi muñeca, esa puta vestida de rojo y salí sin decirle nada. Caminé por el pasillo, con mi

eterno tac-tac, sonaba mi maldición a cada paso que daba hacia el cuarto. La maldita prótesis me delataba, pero ya nada me importaba, seguro que Tom dentro de poco formaría parte de las conservas de mi madre. Todo él sería una conserva y eso fue lo que vi cuando entreabrí la puerta de su dormitorio. Mi madre me miró con ojos amorosos y me dijo: “No pasa nada cariño, ya ha terminado todo”. Con las palabras de mi madre aún resonando en mi cabeza, regresé a mi habitación y le hice a mi muñequita lo mismo que mi madre le había hecho al cerdo de Tom. Algo en mi interior se liberó. Me sentí libre por primera vez en mi vida; porque comprendí que ellas, todas ellas, no importaban, que sólo yo era importante, que sólo yo podía librarme de mis penas, de mi dolor. Sí, doctora, no me mire así, yo no soy un asesino como quiere hacerme creer. Sólo hacía conservas de mi dolor.

—¿Bill, no crees que estás loco?

—¡Loco!, ¿loco?, ¿por qué debería estarlo? ¿Por romper algo que ya estaba roto? No, doctora, yo no estoy lo ni “enfermo”, como se jacta cada semana en decirme. Vosotros, el mundo, es el que está desquiciado. Yo sólo las liberé de su carga terrenal... ¡Ah!, doctora, me encantaría decirle algo. Es una pena, que no podamos vernos fuera de estos muros. Si algún día logro escapar, le aseguro que le haré una visita. Usted se parece demasiado a mis muñequitas. Otra cosa, no tenga miedo, no le dolerá, no; porque usted está tan muerta como ellas... ¡jajajajaja!

La doctora se estremeció al escucharle y rezó para que aquel psicópata nunca consiguiera escapar del psiquiátrico penitenciario. “Ninguna mujer con el pelo rubio estaría a salvo”, pensó la doctora conforme salía de la sala, y el miedo se apoderaba lentamente de su cuerpo.

José Montero Muñoz, nacido en Alicante el 15 de septiembre de 1973 y Licenciado en Filología Hispana por la Universidad de Alicante, ha publicado relatos en revistas como, entre otras, Gangsterera o Forjadores, dedicadas algunas de ellas a la ciencia ficción. Ha publicado cuentos en antologías de corte negro como Cosecha Negra y Aquemarropa. Ahora está ultimando una novela, también de corte negro, titulada Tambores de guerra en mi cerebro.